

La síntesis de la historia de aprendizaje: Perspectiva conductual sobre la personalidad

(Synthesis of learning history: Personality from a behavioural perspective)

José Santacreu*

Universidad Autónoma de Madrid

El marco teórico: supuestos básicos

El objetivo de este trabajo no es precisar metodológicamente cómo medir correctamente la personalidad desde una posición atórica, sino que trata de fijar un marco teórico para evaluar la personalidad que nos permita decidir qué tipo de instrumentos pueden ser útiles, teniendo en cuenta que en la evaluación de otras variables disposicionales de la persona como en el caso de las competencias, se han utilizado técnicas alternativas a los cuestionarios, con gran éxito. Los tests de inteligencia serían ejemplos paradigmáticos de dichas técnicas.

La teoría de la conducta, que está en la base de nuestro planteamiento, establece que el comportamiento que vaya a ejecutar una persona depende, en primer lugar, de las interacciones establecidas en el contexto en un momento previo inmediato al análisis, es decir, de los comportamientos que la persona ha ejecutado, en tal momento previo, y de los estímulos antecedentes o consecuentes a la ejecución del comportamiento (Véase una revisión sobre el tema en Santacreu, Hernández, Adarraga y Márquez, 2002).

Este tipo de análisis establece que el contexto y las relaciones de contingencia especificadas en el mismo son la primera y principal fuente de explicación del comportamiento y, sobre todo, tienen la máxima potencia predictiva. Sin embargo, el esfuerzo necesario para establecer un correcto sistema de registro y el posterior análisis

Dirigir toda correspondencia al autor a: Departamento de Psicología Básica y de la Salud. Facultad de Psicología. 28049 Cantoblanco, Madrid (España)

Correo electrónico: jose.santacreu@uam.es

muy costoso y sólo en casos de intervención psicológica como en la clínica resulta rentable. El sistema de análisis y el poder predictivo del mismo quedan restringidos a periodos de tiempos relativamente cortos (semanas o meses) y no contemplan la historia del sujeto a largo plazo ni la posibilidad de una síntesis de dicha historia. Este planteamiento basado en el análisis de las contingencias del contexto ofrece leyes generales que explican la evolución del comportamiento de las personas en el tiempo pero no intenta dar una explicación de porqué, en un determinado contexto, en un momento dado, un individuo se comporta de manera diferente a otro. El modelo interconductual propuesto por Kantor permite integrar ambas posiciones (ver figura 1).

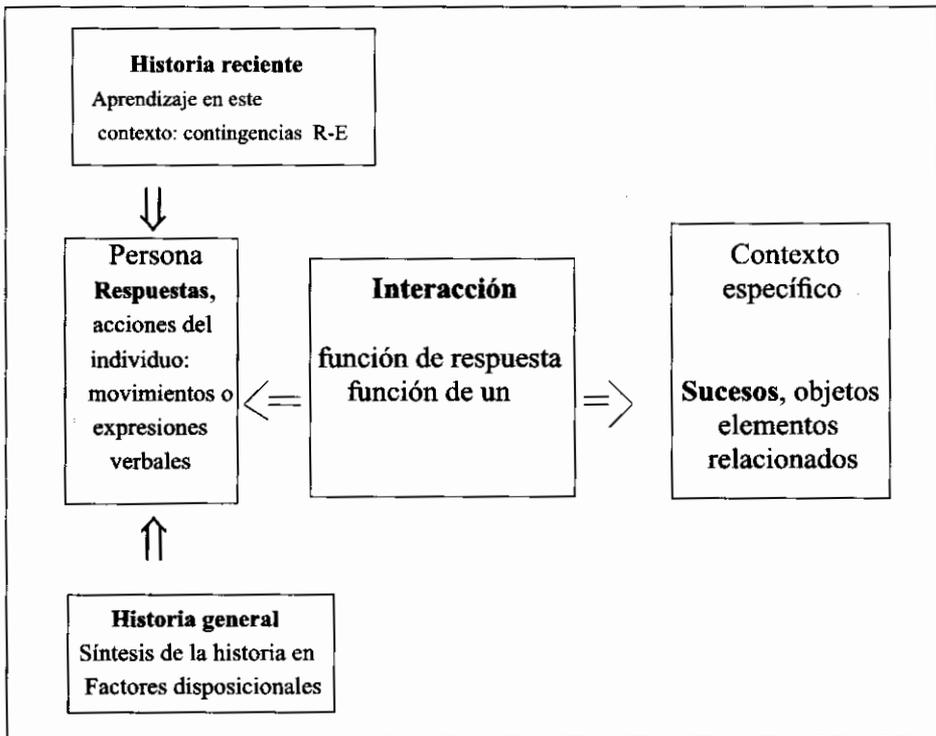


Figura 1. Marco teórico conductual en el que tanto las relaciones de contingencia como los factores disposicionales contribuyen a la interacción.

Kantor (1924, 1926, 1959) plantea que, tanto el contexto como la persona, en el momento de la interacción, aportan factores disposicionales que, si bien no forman parte de la interacción, la hacen posible o, al menos, más probable. Las variables disposicionales de la persona son lo que esta aporta a la interacción en el momento del

contacto con el contexto o situación. Se trata del pasado de la persona, de su historia organizada y sintetizada. La interacción, con independencia de que el nuevo contexto sea conocido o desconocido para la persona, estará mediada por la experiencia, los conocimientos, las competencias, la motivación y la personalidad del individuo. (Véase los desarrollos del modelo interconductual en Ribes, 1990a y b; Hayes, Ribes y López, 1994; Segura, Sánchez y Barbado, 1991)

Los humanos perciben los elementos presentes en los contextos e interactúan con ellos mediante dos grandes tipos de respuestas: lo que hacen y lo que dicen. Ambos tipos operan en el contexto en el que está la persona objeto de estudio y, en su caso, pueden llegar a modificarlo. En particular, lo que las personas dicen puede modificar el contexto cuando este tiene incluidas, como elementos del mismo, otras personas. Tanto lo que decimos, como lo que hacemos, en contextos en los que hay otras personas, sin duda modifican tanto los elementos físicos del contexto como el comportamiento de los individuos presentes en el mismo. Del mismo modo, lo que dicen y hacen otros humanos presentes en el contexto puede modificar tanto los elementos físicos del contexto como el comportamiento de los otros humanos, incluido el del individuo objeto de estudio.

El marco teórico esbozado supone la existencia de una persona que se enfrenta a un entorno cambiante con una experiencia que representa la síntesis de todo lo que ha vivido y, por tanto, aprendido hasta el momento presente. Así pues, las experiencias de su vida son determinantes en su forma de afrontar las nuevas situaciones. Nuestro planteamiento es que las personas sintetizamos toda nuestra experiencia mediante dos procedimientos diferentes: mediante *tendencias de respuesta* que podemos observar y mediante un *conjunto de proposiciones lingüísticas* que podemos escuchar o leer. Este supuesto nos permite plantearnos que, cualquiera que sea la historia de la persona y cómo la haya organizado o sintetizado, podemos indagar cuáles son los patrones, estilos o disposiciones idiosincrásicas de cada individuo en un momento t_n de su historia mediante el estudio de: a) sus tendencias de respuesta en un contexto determinado como el test de inteligencia de Raven o el razonamiento analítico (TRASI de Rubio y Santacreu, 2003) o el test de riesgo (Santé y Santacreu, 2001) o b) sus proposiciones lingüísticas (p.e. análisis de las verbalizaciones en la realización de una tarea o las respuestas concretas a un cuestionario como en la mayoría de los test de personalidad (EPI de Eysenck) o, alternativamente, no sólo el análisis de lo común o coincidente de ambas fuentes de información sino el análisis complementario de ellas. En la tabla 1 se puede observar un esquema de lo dicho hasta el momento respecto al desarrollo ontogenético, la síntesis de la historia, los comportamientos observables y la evaluación de la historia en un momento y contexto dado.

Tabla 1: La síntesis de la historia individual y su evaluación.

Desarrollo ontogénico	Síntesis de la historia hasta t_0	Observación del Comportamiento	Evaluación de los factores disposicionales
<p><i>Evolución biológica y psicológica:</i> lo que ha vivido y, por tanto, aprendido hasta el momento presente mediante experiencia directa, por modelos o instrucciones.</p>	<p>Constituyendo los <i>factores disposicionales</i> agrupados en: <i>Competencias, Motivación y Personalidad.</i></p>	<p><i>Tendencias de respuesta</i> que podemos observar. <i>Conjunto de proposiciones lingüísticas</i> que podemos escuchar o leer. Lo que <i>dice</i> o lo que <i>hace</i> alternativa y complementariamente.</p>	<p><i>Ejecución de tareas:</i> análisis de la elección, o de la habilidad de respuestas. <i>Cuestionarios</i> sobre creencias, actitudes, hábitos, deseos, valores.</p>

En el marco teórico que hemos descrito con mayor amplitud en un trabajo anterior (Santacreu, Hernández, Adarraga y Márquez, 2002) partimos del supuesto de que las tendencias de respuesta decantan la acción del sujeto hacia una u otra de las posibles alternativas de respuesta en cada situación, fruto de la experiencia no mediada por otras personas, fuese ésta adquirida por observación o por acción del propio agente. Dichas tendencias de respuesta representan la síntesis de la experiencia y el aprendizaje del individuo. Por su parte, el conjunto de proposiciones lingüísticas constituye una síntesis de todo lo aprendido por la persona expresado verbalmente, que incluiría, tanto lo adquirido verbalmente como la descripción verbal de lo experimentado, fruto de la reflexión del propio individuo. La experiencia de otros mediadas por sus expresiones verbales (aprendizaje por instrucciones) influye en el conjunto de proposiciones del propio individuo y a través de éstas en las tendencias de respuesta del mismo.

Este marco teórico es útil en cuanto nos permite definir en igualdad de condiciones, instrumentos diversos para la evaluación de los factores disposicionales referido a lo que la persona piensa o cree, expresado lingüísticamente (cuestionarios, datos Q) o las tendencias de respuesta en contextos especiales, en los que *no se pueda aprender* ni estimar qué respuesta pudiera obtener mayor valor (beneficio o eficacia). Mediante los distintos procedimientos de evaluación podríamos proponer a la persona:

a) Un cuestionario que apelara a las proposiciones lingüísticas. Éste es el procedimiento más utilizado en la evaluación de la personalidad.

b) Una amplia observación en contextos naturales, que apelara a las tendencias de respuesta, para deducir su experiencia y aprendizajes y mediante la que pudiéramos predecir su comportamiento. Éste fue el procedimiento utilizado en trabajos clásicos en Psicología de la personalidad como el de Hartshorne y May (1928) o Dudycha (1936).

c) Un test de situación o tarea (test objetivo) que también apelara a las tendencias de respuesta y permitiera predecir la conducta de la persona en una situación apropiada al factor disposicional que se pretende evaluar. Éste es el procedimiento más utilizado en la evaluación de las competencias.

La consistencia y estabilidad de los factores disposicionales entre los sistemas de respuesta y entre las situaciones

Si admitimos el marco teórico y sus supuestos como punto de partida y nos planteamos cómo identificar y medir la síntesis de la historia mediante el conjunto de factores disposicionales (agrupados en: competencias, motivación y personalidad) tenemos que tratar de responder a las preguntas clásicas de la medida: fiabilidad, consistencia, estabilidad y validez. Por otro lado, a efectos del análisis conceptual, nos deberíamos

plantear: *¿Coincidirá el producto de la síntesis comportamental con el producto de la síntesis proposicional? ¿Coincidirán, por tanto, las tendencias de respuesta con las proposiciones lingüísticas? ¿Existirá correlación alta y positiva entre lo que el individuo hace y lo que dice?* La respuesta es: “No necesariamente”. De hecho, los datos de investigación ponen de manifiesto que no existe correspondencia (correlación significativa) entre lo que una persona hace y lo que dice de sí misma (Cattell y Warburton, 1967; Skinner y Howarth, 1975; la discusión sobre la paradoja de la consistencia generada a partir del libro de Mischel de 1968; el problema planteado en la evaluación de los tres sistemas de respuesta, autoinforme, registro conductual y registro fisiológico por Lang, 1971).

Para clarificar este asunto, en lo que respecta al factor disposicional personalidad, analicemos el siguiente ejemplo. Supongamos que le preguntamos a una persona si es ordenada y minuciosa en su trabajo y constatamos que la respuesta es: “sí, absolutamente; es una de mis cualidades”. Tras ello, entramos a su despacho y observamos que su mesa de trabajo está totalmente ordenada. Estaríamos ante un caso de correspondencia entre lo que la persona dice y lo que realmente hace. Ahora, por el contrario, supongamos que lo que nos encontramos es todo lo contrario: la mesa completamente desordenada. Ante la pregunta *¿Cómo es posible que tengas la mesa así?* lo esperable, no es que sustituya la proposición lingüística con la que se describe a sí mismo (“soy una persona ordenada ...”) sino que busque formas de mantener la coherencia con tal declaración. Así, podría buscar matizaciones del tipo “esta semana he estado muy ocupado y no he podido ordenarla” o reformulaciones como “ahí donde lo ves yo sé exactamente dónde está cada papel”; lo que significa que ese dato particular (la mesa desordenada) no contradice la descripción previa de sí mismo.

El ejemplo anterior parte de que las respuestas de la persona no son cínicas o malintencionadas. Obviamente, lo que una persona hace y lo que dice que hace o que hará no va a coincidir cuando se pretende engañar o cuando sencillamente se contesta lo que se cree que se espera de ella, es decir, lo deseado socialmente (véase entre otros estudios los de Amelang, Schäfer y Yousfi, 2002; Furnham, 1990; Kubinger, 2002; Ones, Viswesvaran y Reiss, 1996).

Los tres factores disposicionales (competencias, motivación y personalidad) que aporta el individuo a la interacción no serían más que la síntesis de su historia (de su desarrollo biológico, de sus experiencias y de su aprendizaje). Como señala Ribes (1990a), las aptitudes y la motivación posibilitan la interacción de un individuo con un contexto determinado mientras que la personalidad la probabiliza. Si planteamos a una persona la resolución de una suma, ésta sólo nos dará el resultado si tiene la competencia (sabe sumar) y si tiene la suficiente motivación (quiere resolver la operación). Saber sumar es tener la aptitud, habilidad o competencia para sumar y esto hace posible que

se dé la contestación correcta. Del mismo modo, aun sabiendo sumar, la persona puede no querer dar la respuesta correcta. Tener la motivación suficiente para contestar posibilita que se responda correctamente. Tener la competencia necesaria y la motivación suficiente son condiciones sin las cuales no se ejecutará el comportamiento.

El factor disposicional personalidad

¿Qué papel juega la personalidad? ¿Qué significa que la personalidad hace más probable unas u otras respuestas? Para responder debemos tratar primero de definir qué es la personalidad, cómo se va conformando y cómo se podría poner de manifiesto y evaluar.

La personalidad podría ser el modo concreto, idiosincrásico, en el que un individuo realiza una tarea, en la que existen modos alternativos para lograr el mismo objetivo, con la misma eficacia en un plazo dado. Si un modo de actuar (p.e. minucioso) fuera más eficaz que otro (p.e. asistemático) para realizar una tarea, dicho modo deberíamos calificarlo de más inteligente o más competente y, por tanto, no serviría para describir la personalidad de un individuo. Nos estamos refiriendo a modos de actuación que no afectan a la eficacia en un contexto y tiempo determinados. De aquí se deduce que la personalidad podrá ser evaluada en un contexto y para un individuo en el que la competencia y la motivación para ejecutar la conducta estuvieran garantizadas, para que dicho estilo de comportamiento no se pudiera confundir con una competencia, al tiempo que nos aseguramos que dicho modo de actuar no es función del grado de motivación. Por otro lado, desde la perspectiva de las diferencias individuales, si quisiéramos medir un estilo interactivo (tendencia de respuesta), deberíamos asegurarnos de que la correlación entre dicha variable y, la competencia o la motivación mostradas en la tarea, están cercanas a cero.

Hemos señalado que la experiencia se sintetiza como factores disposicionales; pero ¿qué clase de experiencias se sintetizan como personalidad? Los factores disposicionales hacen referencia a los contextos en los que la persona interactúa y, como consecuencia, podría aprender e incorporar dicha experiencia a su desarrollo ontogenético, a su historia. Aprender e incorporar la experiencia pasada y sintetizarlo en los factores disposicionales, es lo que ha hecho la persona hasta el momento t_0 . A partir de aquí, de acuerdo con el modelo de Kantor (véase Ribes, 1990a y b; 1994, Segura, Sánchez y Barbado, 1991), actúa en el momento t_1 en los nuevos contextos pero teniendo en cuenta sus factores disposicionales. Sin embargo, la cuestión es ¿qué características ha de tener un contexto para que, en lugar o al mismo tiempo que va constituyendo una aptitud o competencia, genere una variable de personalidad?

Para tratar de desbrozar el campo, *grosso modo* hemos dividido los contextos en aquellos en los que están presentes y se interactúa con otros congéneres que son la mayoría en los humanos (permiten el aprendizaje mediante observación, la colaboración, la competencia y la agresión y el aprendizaje mediado por instrucciones) y aquellos otros en que no se interactúa con otras personas sino con los elementos del contexto y sus propiedades (tareas de habituación y condicionamiento, en algunas de las cuales se puede operar sobre dicho contexto). Es curioso observar, por otra parte, cómo, en la mayoría de los casos, la evaluación de las competencias básicas se estudia en tareas en las que no hay otras personas, salvo lo que se ha venido llamando de manera muy imprecisa *Inteligencia Emocional*. Por el contrario, en los estudios clásicos de personalidad, al utilizar cuestionarios y, por tanto, apelar a la síntesis proposicional o cognitiva de los factores disposicionales, las preguntas describen contextos y conductas en los que, en algunas ocasiones, se interactúa con otras personas.

Si nos atenemos a los contextos en los que habitualmente se han evaluado las competencias como Inteligencia, Razonamiento verbal, Orientación espacial o Atención sostenida, vemos que tales competencias se refieren a cuestiones en los que la respuesta adecuada lo es completamente, lo es siempre y es la única, en cada ítem del test. Todo ello nos lleva a pensar que la síntesis de los factores disposicionales, a las que nos referimos como competencias, son aquellas relaciones cuya contingencia es igual a 1. La suma de los números 10,34 y 22,50 es 32,84. Si elegimos esa respuesta ponemos de manifiesto que sabemos sumar y, en general, una persona demuestra que tiene la competencia si ejecuta la respuesta adecuada y, por tanto, alcanza el criterio o logro y sobre todo la respuesta es totalmente correcta, es la única del conjunto de los números y lo es siempre. Las competencias hacen referencias a los aprendizajes seguros, a las relaciones unívocas.

Creemos que los contextos pueden permitir aprender relaciones en las que generalmente, con una cierta probabilidad, *A* se relaciona con *B*. Puede que la relación de *A* y *B* sea azarosa ($p = 0,5$) pero la experiencia personal puede hacer que asignemos una probabilidad distinta y, en un contexto determinado, nos lance a ejecutar una y no otra respuesta. El factor disposicional personalidad (sus distintas variables) se refieren a síntesis de la experiencia de situaciones en las que existe una relación de contingencia entre la opción de respuesta y el criterio o logro distinta de 0 ó 1. Las opciones de respuesta de tal contexto, hacen referencia a modos de actuación y no a opciones de respuesta eficaces. Evaluamos persistencia, tolerancia a la frustración, minuciosidad o riesgo en contextos en los que las opciones de respuesta permiten identificar dichas variables como modos de ejecutar la respuesta correcta. Una persona puede mostrarse minuciosa y ordenada, haciendo sumas o identificando moneda falsa, con independencia de su propia eficacia: sumas correctas por unidad de tiempo o número de billetes

falsos aceptados como legales, etc (Hernández, Sánchez-Balmisa, Madrid y Santacreu, 2003; Hernández, Shih, Contreras, y Santacreu, 2001). Del mismo modo una persona puede elegir continuamente respuestas arriesgadas (de baja probabilidad frente a otras de igual valor esperado) como un modo de obtener mayores ganancias a sabiendas de que dicho valor esperado es idéntico para cualquier opción o incluso sabiendo, por su pasada experiencia, que las ganancias son iguales para cualquier opción de respuesta (Ribes y Sánchez, 1992).

Los estilos se van conformando como factores disposicionales de personalidad en la medida que el sujeto se expone a contextos inciertos, durante poco tiempo, con criterios que se alcanzan a largo plazo, en los que, por estas razones, no logra aprender cuáles son las relaciones precisas entre su comportamiento y determinados elementos del contexto y se conforman como estilos, reglas o, en general, modos de actuar que desde la perspectiva del individuo logran igual o mayor eficacia y, con el tiempo, se van consolidando. En una persona en particular se habrá conformado como variable de personalidad un estilo, regla o modo de actuar en la medida en que tal modo sea consistente y estable.

Evaluar la personalidad

Hemos señalado que la personalidad es: la síntesis de la historia del individuo en lo que se refiere a los modos de actuación en un contexto con independencia del grado de eficacia de dicha actuación. Dicha síntesis se pone de manifiesto cuando existen como opción de respuesta modos de actuación distintos y estas opciones no están sometidas a contingencias cerradas; es decir, el tipo de opción no determina los logros o criterios a alcanzar y, en todo caso, la persona está motivada para alcanzarlos. Los contextos, en los que se podrían manifestar los factores disposicionales de personalidad, son los que tienen contingencias abiertas y, en este caso, son los factores disposicionales de la persona los que cierran las contingencias, es decir, los que determinan la interacción.

Para evaluar la personalidad necesitamos contar con contextos en los que diferentes personas pueden actuar de modo diferente sin que ello afecte a su logro, en el que cada persona pueda actuar de acuerdo con su personalidad. En un contexto en el que las opciones de respuesta describan el grado de riesgo, el nivel de minuciosidad, o el grado de persistencia, etc., en las condiciones antes mencionadas, si el sujeto muestra consistencia en su comportamiento, se puede evaluar la personalidad en la variable definida por el contexto. De este modo, para un contexto definido específicamente para medir una variable de personalidad de cualquier persona, se puede obtener su valor en la variable personalidad, su valor relativo a una muestra de referencia y su grado de consistencia. Para medir el grado de consistencia de una persona se ha propuesto el

estadístico π^* . (Su valor va desde 0, máxima inconsistencia, a 1, máxima consistencia). Una descripción metodológica de π^* puede encontrarse en Hernández, Rubio, Revuelta y Santacreu, en prensa). Si el grado de *consistencia de una persona* en una variable de personalidad es bajo, ($\pi^* \rightarrow 0$) el valor de la puntuación no tiene valor predictivo en dicha variable y, por tanto, podríamos decir que dicha persona sería extremadamente sensible a las contingencias en los contextos naturales. Por otra parte, si la evaluación se hace mediante una serie de ítems de un test, se puede considerar que todos los ítems, con independencia de su similitud morfológica, miden la misma variable en la medida que la consistencia del test es suficiente ($\alpha \rightarrow 1$). Por último, como ya hemos dicho, un estilo de comportamiento, regla o modo de actuar se habrá conformado en un individuo como variable de personalidad, en la medida en que tal modo sea consistente y estable. La estabilidad, cuestión que quedaba pendiente, tal como la entendemos, aquí no hace referencia a la correlación de las puntuaciones de una muestra en dos momentos distintos sino al grado de coincidencia de dos puntuaciones de una misma persona obtenidas en un contexto en dos momentos distintos con valores aceptables de consistencia de los ítems (α) y del sujeto (π^*). El grado de *estabilidad* de una persona específica, en una variable de personalidad, en las condiciones anteriormente mencionadas, nos permite predecir el valor de esa variable en dicho individuo.

Cualquier factor disposicional y, en consecuencia, cualquier estilo de personalidad se pone de manifiesto y, por tanto puede ser evaluado, bajo las condiciones que ya señalaba Cattell (Cattell y Warburton, 1967) y que amplía y concreta, dentro del modelo interconductual, Ribes (1990a). Para medir los factores disposicionales las situaciones deben cumplir una serie de requisitos (Hernández, Santacreu, y Rubio, 1999):

1) Que se pueda medir en ella el comportamiento o actuación (su intensidad o su frecuencia relativa si se puede elegir una entre varias respuestas) estando bien establecida qué opciones de respuesta se refieren a la posible competencia o estilo de comportamiento.

2) Que sea morfológicamente nueva para la persona, al menos, en la variable específica que se fuera a medir para que no se pudiera generalizar lo aprendido previamente (p.e. las loterías utilizadas para medir aversión al riesgo frente a jugar realmente a la lotería en Navidad o alternativamente, una tarea espacial a la que no se hubiera enfrentado previamente). De este modo, los resultados de la evaluación del pasado de la persona, de sus factores disposicionales, no se verán contaminados por la propia prueba o por el procedimiento de evaluación.

3) Que no informe de las consecuencias por ejecutar una u otra respuesta o alcanzar más o menos logro para que esta información no contamine la medida de las ejecuciones posteriores.

Como resumen y a modo de guía práctica diremos que para evaluar una variable

de personalidad debemos buscar una tarea tal que las opciones de respuesta describan tal variable de manera graduada. Por ejemplo en el caso de riesgo, las opciones de respuesta de una tarea han de describir la probabilidad con que dicha respuesta será reforzada. La tarea propuesta por Arend, Botella, Contreras, Hernández y Santacreu (2003) es un juego de dados para ganar el mayor número de puntos, siguiendo las pautas arriba mencionadas. Optar por uno u otro tipo de respuesta no determina la mayor o menor ganancia, sino un modo de actuar referido a la preferencia o aversión al riesgo. Tareas similares como apuestas en carreras, inversiones en bolsa o loterías se han propuesto para evaluar la preferencia-aversión por el riesgo.

El trabajo de investigación para la construcción de un instrumento de evaluación para la medida de estilos de comportamiento, exige seguir las siguientes pautas que, en cierto modo, son similares a los procedimientos utilizados con éxito en otros factores disposicionales, como en la medida de las aptitudes y, en particular, de la inteligencia y que, sorprendentemente, no se han utilizado en la evaluación de la personalidad:

1) Diseñar una tarea de elección no contaminada culturalmente y novedosa para cualquier persona que posiblemente describa la variable en cuestión.

2) Probar mediante aplicación a una gran muestra que la distribución de la variable es amplia, recorre todo el rango teórico y es normal. De no ser así deberíamos pensar que las contingencias están cerradas y debemos modificar cuestiones como a) las alternativas de respuesta en su escalamiento y rango; b) las instrucciones; c) el enmascaramiento de la variable a medir; d) la información sobre el número de ensayos o ítems; e) la información sobre los resultados de la ejecución o elección y en el peor de los casos f) el propio diseño de la tarea.

3) Comprobar que el grado de eficacia (premios, puntos) en la prueba, de acuerdo con las instrucciones, no se relaciona con la variable de personalidad en cuestión. Evaluar las competencias o habilidades implicadas en la tarea de manera independiente, comprobando que si hay variabilidad en la competencia no exista relación con la variable de personalidad. Si de todos modos existe relación, se puede reducir la habilidad necesaria en la tarea para que sea factible o bien sobrentrenar la habilidad a los efectos de igualarla.

4) Comprobar que no hay diferencias en la motivación de los individuos evaluando que, al menos en lo que respecta a la tarea, se mantienen dentro de determinados parámetros tanto la latencia como la velocidad de ejecución en la medida en que sean medibles. En este sentido, es conveniente que las tareas tengan la posibilidad de pasar a otro ítem aun no habiendo respondido o terminado la tarea requerida en el anterior, tratando como dato este hecho (no elegir, no terminar la tarea en un ítem).

5) Si se trata de una prueba cuyos ítems están contruidos sobre la hipótesis de que son iguales o parecidos, calcular la consistencia de las puntuaciones. Recuérdese

que no es el caso de algunas pruebas de aptitud cuyos ítems son progresivamente más difíciles.

6) Construir pruebas alternativas, funcionalmente iguales (que todas las relaciones de contingencia especificadas en la tarea sean iguales) y morfológicamente diferentes (que los elementos de la interacción con independencia de su función sean distintos) que correlacionen entre sí. Serían ejemplos la medición del riesgo mediante tareas de elección como loterías, dados, ruleta, carreras de caballos o inversiones en bolsa con información restringida de la probabilidad de ganancia. De no poder construir las de acuerdo con estas reglas debe considerarse que las tareas son demasiado específicas para propósitos predictivos.

7) Si se dispone de grandes muestras, calcúlese la consistencia de los individuos mediante el estadístico π^* para identificar aquellos individuos que tienen conformada la variable de personalidad en la tarea diseñada y calcúlese en estos casos la estabilidad de la medida.

El estudio de los estilos interactivos tal como lo ha denominado Ribes (1990) es actualmente una alternativa metodológica al estudio de la personalidad mediante el análisis de lo que las personas dicen en los cuestionarios, una de cuyas virtudes es su sorprendente similitud con los procedimientos para evaluar las competencias y en especial la inteligencia fluida.

Sin embargo, creemos que la importancia de los trabajos de Ribes (1990, 1992a y b), Harzem, (1984) y Viladrich Doval (1998), junto a los de nuestro grupo, radican en la posibilidad del estudio de la personalidad desde la teoría de la conducta, atendiendo al modelo interconductual planteado por Kantor, posibilidad que el conductismo ha desechado en muchos momentos de su historia a pesar de esfuerzos como los de Mischel (2004).

Referencias

- Amelang, M., Schäfer, A. y Yousfi, S. (2002). Comparing verbal and non-verbal personality scales: Investigating the reliability and validity, the influence of social desirability, and the effects of fake good instructions. *Psychologische Beiträge*, 44, 24-41.
- Arend, I; Botella, J; Contreras, M.J.; Hernández, J.M. y Santacreu, J. (2003) A betting dice test to study the interactive style of risk-taking behavior. *Psychological Records*, 53, 217-230.
- Cattell, R.B. y Kline, P. (1977). *The scientific analysis of personality and motivation*. London: Academic Press.
- Cattell, R.B. y Warburton, F.W. (1967). *Objective Personality and Motivation Tests*. Urbana: University of Illinois Press.
- Dudycha, G.J. (1936). An objective study of punctuality in relation to personality and achievement. *Archives of Psychology*, 204, 1-309.
- Furnham, A. (1990). The fakeability of the 16PF, Myers Briggs and Firo-B personality measures. *Personality and Individual Differences*, 11, 711-716.

- Hartshorne, H. y May, M.A. (1928). *Studies in the nature of character: Studies in deceit*. New York: MacMillan.
- Harzem, P. (1984). Experimental analysis of individual differences and personality. *Journal of Experimental Analysis of Behavior*, 42, 385-395.
- Hayes, L. J., Ribes, E. y López, F. (1994). *Psicología interconductual: Contribuciones en honor a Kantor*. Guadalajara.(México). UdG Publicaciones.
- Hernández, J.M., Rubio, V., Revuelta, J. y Santacreu (in Press) Estimating intra-subject consistency of behavior: A procedure for estimating intra-subject consistency of behavior, *Educational and Psychological Measurement*.
- Hernández, J.M., Sánchez-Balmisa, C., Madrid, B. & Santacreu, J. (2003). La evaluación objetiva de la minuciosidad. Diseño de una prueba conductual. *Análisis y Modificación de Conducta*, 29, 457-479.
- Hernández, J.M., Santacreu, J. y Rubio, V.J. (1999). Evaluación de la personalidad: una alternativa teórico-metodológica. *Escritos de Psicología*, 3, 20-28.
- Hernández, J.M., Shih, P., Contreras, M.J. y Santacreu, J. (2001). El efecto de la competencia y la eficacia en la evaluación objetiva de la transgresión de normas. *Análisis y Modificación de Conducta*, 27, 205-227.
- Kantor, J.R. (1924). *Principles of psychology, vol. 1*. Chicago: The Principia Press.
- Kantor, J.R. (1926). *Principles of psychology, vol. 2*. Chicago: The Principia Press.
- Kantor, J.R. (1959/1978). *Psicología interconductual*, México: Trillas.
- Kubinger, K.D. (2002b). On faking personality inventories. *Psychologische Beiträge*, 44, 10-16.
- Lang, P.J. (1971). The application of psychophysiological methods to the study of psychotherapy and behaviour modification. In A.E. Bergin y S.L. Garfield (Eds.), *Handbook of psychotherapy and behavior change*. New York: Wiley.
- Mischel, W. (1968). *Personality and assessment*. New York: Wiley.
- Mischel, W. (2004). Toward and integrative science of the person. *Annual Review of Psychology*, 55, 1
- Ones, D.S., Viswesvaran, C. y Reiss, A.D. (1996). Role of social desirability in personality testing for personnel selection: The red herring. *Journal of Applied Psychology*, 81, 660-679.
- Ribes, E. (1990a). La individualidad como problema psicológico: El estudio de la personalidad. *Revista Mexicana de Análisis de Conducta*, 16, 7-24.
- Ribes, E. (1990b). *Problemas conceptuales en el análisis del comportamiento humano*, México: Trillas.
- Ribes, E. (1994): Estado y perspectivas de la psicología interconductual. En L.J. Hayes, E. Ribes y F. López *Psicología interconductual: Contribuciones en honor a Kantor*. Guadalajara.(México). UdG Publicaciones.
- Ribes, E. y Sánchez, S. (1992). Individual behavior consistences as interactive styles: Their relation to personality. *The Psychological Record*, 42, 369-387.
- Rubio, V. y Santacreu, J. (2003) *TRASI, Test adaptativo informatizado para la evaluación del razonamiento secuencial y la inducción como factores de habilidad intelectual general*. TEA Ediciones . Madrid.
- Santacreu, J., Hernández, J.M., Adarraga, P. y Márquez, M.O. (2002). *La personalidad en el marco de una teoría del comportamiento humano*. Madrid: Pirámide.
- Santacreu, J., Hernández, J.M., Adarraga, P. y Márquez, M.O. (2002). *La personalidad en el marco de una teoría del comportamiento humano*. Madrid: Pirámide.

- Santé, L. y Santacreu, J. (2001). La eficacia (o la suerte) como moduladora en la evaluación del estilo interactivo tendencia al riesgo. *Acta Comportamentalia*, 9, 463-486.
- Segura, M., Sánchez, P. y Barbado, P. (1991). *Análisis funcional de la conducta: un modelo explicativo*. Granada: Universidad de Granada.
- Skinner, N.S.F. y Howarth, E. (1975). Cross-media independence of questionnaire and objective test personality factors. *Multivariate Behavioral Research*, 8, 23-40.
- Viladrich, C. y Doval, E. (1998) ¿Estilos interactivos o psicometría del sujeto único? *Acta comportamentalia*, 6, 113-127.

Resumen

En este trabajo se asume el modelo interconductual planteado por Kantor y las aportaciones de Ribes en lo que respecta a la personalidad y al estudio de las diferencias individuales. Se entiende que los factores disposicionales son síntesis de la historia de la persona que se muestran en un momento dado a través de lo que dice y lo que hace, y que la personalidad se refiere a síntesis de relaciones de contingencia en contextos en los que las relaciones de contingencia entre las respuestas del individuo y los elementos del contexto son inestables y distintos de 0 ó 1. La personalidad se refiere a modos de comportarse idiosincrásicos, consistentes y estables en los individuos. La síntesis de la experiencia se puede manifestar (y evaluar) independientemente por lo que el sujeto dice y/o hace, por sus tendencias de comportamiento o por las contestaciones a preguntas bien formuladas de acuerdo con el planteamiento de Cattell. Pero las personas, al contrario de lo que pensaba el autor, no son siempre coherentes: no hacen lo que dicen, aunque tratan de ser consistentes justificando lo que hacen cuando se les sorprende en discrepancias.

Palabras clave: personalidad, modelos interconductual, diferencias individuales, factores disposicionales.

Abstract

This study assumes that personality is one of three essential dispositional factors of any individual. The study is based on the interbehavioural model established by Kantor and on the contributions of Ribes in reference to personality and the study of individual differences. We understand dispositional factors as a synthesis of the history of the individual which is demonstrated at a given moment by what is said and what is done. As indicated in Santacreu, Hernández, Adarraga and Márquez (2002), personality refers to a synthesis of contingency relationships in contexts in which the contingencies between the responses